Ari Cazés: *in memoriam*

(1968-2009)

Toda muerte es prematura. Pero lo es aún más la de un hombre joven que, en la plenitud de la vida, todavía tiene mucho que ofrecer. La partida repentina de Ari Cazés, editor de esta revista, el pasado 16 de junio, ha sido un duro golpe para su familia, sus amigos y todos aquéllos que tuvieron la fortuna de convivir con él. Sartre decía: "Ser libre no es hacer lo que uno desea sino desear lo que uno puede hacer". Por eso Ari era un espíritu libre, descendiente de una estirpe también de hombres libres, como su padre, el doctor Daniel Cazés, a quien Ari entrevistó apenas hace unos meses a propósito del Movimiento Estudiantil de 1968, año también en el que Ari nació. En estas páginas reproducimos su plática. Pero también Ari era un profesional universitario. Colaborador destacado desde hace diecinueve años en diversos ámbitos culturales y editoriales de la UNAM. Juan Ramón de la Fuente e Ignacio Solares reconocen su capacidad de trabajo y su calidad personal. José Gordon y Guillermo Vega, amigos y compañeros de ruta, lo recuerdan como el gran hombre que siempre será: libre, solidario y comprometido con la vida.

Universitario, editor, amigo

Ari Cazés siempre encarnó un genuino espíritu universitario, que le venía por herencia y ejemplo paterno, pero que también asumió por convicción personal, aportando lo mejor de su persona a la labor educativa y cultural de la Universidad Nacional.

Desde su trabajo como secretario de la redacción de *Los Universitarios* hasta llegar a ser coeditor de la *Revista de la Universidad de México,* Ari fue un colaborador que siempre se distinguió tanto por su disposición como por su compromiso profesional.

Ya fuera como redactor de los textos propios o como editor y corrector de los ajenos, todos quedaban enriquecidos cuando pasaban por su acuciosa y exigente revisión. Siempre aportaba ideas frescas y pertinentes, el cambio o adición de la palabra adecuada, o simplemente un giro lingüístico inesperado que contribuía a darle un nuevo sentido a la expresión de una idea. Tuve la suerte de constatar lo anterior en los años en que fui rector de la UNAM.

Lamento profundamente su fallecimiento y le reitero: gracias por todo, Ari.

Juan Ramón de la Fuente

Ari Cazés era un rebelde por naturaleza. Fue un verdadero hijo del 68. A su padre, el doctor Daniel Cazés, le gustaba contar que Ari fue quizás uno de los más jóvenes asistentes a las marchas y mítines de aquel año tan emblemático, pues el doctor tenía que llevarlo en carriola.

Luego, su familia tuvo que emigrar a Francia. Allí tuvo su primera formación. El sistema educativo francés le proporcionó las herramientas necesarias para desarrollar su curiosidad intelectual. Sin embargo, a los pocos años tuvo que regresar a México. Dicen que la infancia es la verdadera patria del hombre, así que Ari se sentía francés y su pensamiento se estructuraba en aquel idioma. De hecho, por ejemplo, en el ámbito cotidiano hablaba en francés con su hermano mayor Ilya, su compañero y cómplice de toda la vida. Tenía una habilidad impresionante para los idiomas: italiano, portugués, alemán. Nada menos estaba cursando ruso en el CELE para poder leer en su idioma original a Dostoievsky.

A Ari le encantaba aprender cosas nuevas. Su capacidad analítica e investigadora le permitía explorar las diversas aristas de un problema, desmenuzarlo y volverlo a integrar hasta encontrar una solución. En ese sentido, era un colaborador confiable y responsable. Uno sabía que podía recurrir a él y estar seguro de que las cosas se harían con oportunidad y eficiencia.

Además de compañeros de trabajo, fuimos amigos y la amistad —cuando es profunda— crea lazos misteriosos, urdimbres sentimentales y emocionales que nos enriquecen y nos hacen mejores personas. Por eso cuando un amigo muere se lleva una parte nuestra y no volvemos a ser los mismos, por más que el trajín de la vida diaria nos obligue a aparentar lo contrario. De ahí que quienes de veras fuimos amigos de Ari no lo vamos a olvidar.

Ignacio Solares

Se fue repentinamente Ari Cazés. Entrañable y generoso amigo, editor de la *Revista de la Universidad de México,* fue un dedicado amante de las palabras, fiel lector, corrector y traductor. Su actividad creativa se caracterizó por la discreción, por ayudar a los demás a escribir sus libros, por la idea de que la poesía podía encarnar en la vida cotidiana. Ari siempre vivió a corazón abierto: tocando a los otros, dejándose tocar. Entre las diversas imágenes que guardo de él, recuerdo particularmente dos estampas que me traen su presencia, su risa ligera con un dejo de picardía, su agudeza, su mirada vulnerable y a la vez luminosa. Hace diez años, en junio de 1999, tuve una comida con Ari en el Sak's de Insurgentes. Nos acompañaba una amiga socióloga. Hablábamos del misterio de los sueños. Recordé el cuento de Samuel Taylor Coleridge: "Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño y le

dieran una flor como prueba de que su alma realmente había estado allí, si al despertar encontrara esa flor en su mano ¿entonces qué?".

¿Entonces qué?, la pregunta se quedó flotando en el aire cuando de pronto vi que los ojos grandes de mi amigo se agrandaban un poco más. Él tendría entonces unos treinta años. "Yo he tenido una prueba", dijo, todavía con dudas de si debía o no contarnos la historia. Lo animamos. Nos empezó a platicar:

"Hace unos meses estuve en la sierra tarahumara. Me impresionó por su belleza. Para recordar ese paisaje tomé una piedra del tamaño de una nuez que era como un fractal —una copia en otra escala— de los colores y texturas del lugar, una mini-montaña. En esa piedrita estaban el verde, el ocre, el gris, la rugosidad y el musgo de la sierra. Me llevé la piedra a la Ciudad de México. La coloqué en un estante cerca de mis libros para que estuviera a la vista. Un día la piedra desapareció. La busqué por todos lados. No la encontré. El episodio se me olvidó. Una noche al volver exhausto a la casa, después del trabajo, me dormí nada más mi cuerpo llegó a la cama. En mi sueño volví a encontrarme en la sierra tarahumara. Dentro del mismo sueño una parte de mí quería conservar el recuerdo de lo soñado. Cuando me pasa eso, trato de retener una sola palabra que me trae la memoria del sueño. De otra forma no recuerdo lo que soñé. En esa duermevela me di cuenta de que ya tenía en las manos la palabra clave. Al abrir los ojos, al despertar, me lleve la sorpresa de que lo que tenía también en mis manos era la piedra que había perdido.

"Hoy que recuerdo esto a veces tengo la sensación de que lo soñé, pero en ese momento lo sentí tan real como ahora que los estoy viendo".

Ari no sabía que esa comida, esa conversación memorable, a la distancia, con el paso del tiempo, también hoy parece un sueño. Sueño de piedra.

* * *

En uno de los muchos encuentros que tuvimos en las oficinas de la *Revista de la Universidad*, Ari me habló entusiasmado del arte Zen. ¿Quieres ver una muestra?, me preguntó sabiendo de antemano mi respuesta. Me tendió una hoja de papel en donde se veía un círculo trazado de un brochazo, de un solo golpe. Me explicó que este símbolo del infinito se llamaba Enso. Era una expresión espontánea del momento y también de la fuerza y elegancia del Universo. Se trata de pincelazos sin duda ni pensamiento que no pretenden pintar un círculo perfecto. El dibujo constante de estos círculos Zen muestra el estado de percepción del artista.

Me quedé maravillado ante estos trazos. En el lado izquierdo de la hoja se veía una delicada caligrafía japonesa que parecían gotas de agua, garabatos de hojas que caen de un árbol. Ari me reveló la traducción: "El Universo permanece. Inclino mi cabeza". Ari me quiso regalar una fotocopia, pero no funcionaba la máquina. Dos horas después de que nos despedimos, la imagen del Enso llegaba a mi teléfono celular. Estaba muy contento de que yo estuviera contento con este hallazgo.

Pasaron varios días, hablamos por teléfono de las experiencias que estaba teniendo como estudiante Zen. Sin verlo vi nuevamente cómo sus ojos grandes se agrandaban. Me contó que durante esas clases el maestro les hablaba de una esfera de luz. Por más que se esforzaba, Ari no podía verla. ¿Dónde se encuentra?, le preguntaba al maestro. El maestro no le decía nada. Un día, cuando ya no estaba buscando activamente la respuesta, sentado en postura de seiza —sobre los talones— se quedó viendo un enorme Enso que estaba en el fondo del cuarto. Ari observó fijamente el gran círculo imperfectamente perfecto, delineado en una gruesa pincelada negra. Cerró los ojos. En esa oscuridad interior, en las huellas que dejan lo que vemos, apareció inesperadamente una esfera de luz. Estaba dentro del círculo que simboliza el infinito y la iluminación.

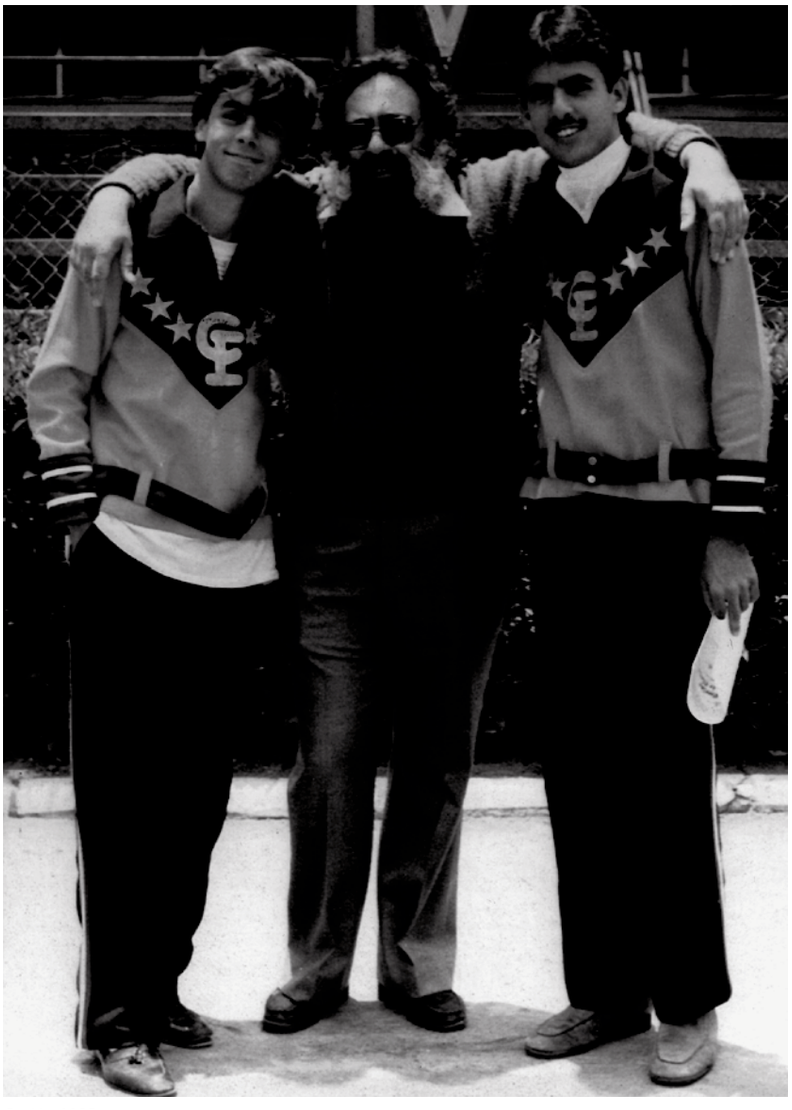
Daniel Cazés con Ari e Ilya, Francia, 1971

Cierro los ojos. En las huellas que dejan lo que vemos aparece la luz de mi querido amigo, el regalo que nos dio a los que lo conocimos: la poesía en la vida cotidiana.

José Gordon

Decía el escritor Elías Canetti que hay dos tipos de amigos: los amigos declarados, de los que sabemos todo y ellos saben todo de nosotros; aquellos de los que nos vanagloriamos, los enaltecemos y a los que siempre recurrimos; todos los que nos conocen también los conocen a ellos.

Y hay otros, los amigos ocultos, a quienes a mantenemos a distancia, no indagamos en sus vidas y tienen atributos que ignoramos, y que por lo mismo nos sorprenden en cada nuevo encuentro. A los amigos ocultos rara vez recurrimos, aunque podríamos, pero sabemos que siempre estarán allí y nunca nos fallarán si les pedimos algo, así sea una nimiedad o algo verdaderamente importante. Incluso si no se los pedimos, si se enteran, ellos intercederán por nosotros sin que lo sepamos.



Puebla, 1985

Pienso en Ari Cazés como un amigo de este tipo, un gran amigo oculto. Creo que él conocía más cosas acerca de mí (muchas se las contaba yo mismo, otras él mismo las intuía acertadamente) que yo de él. Pero se debía, sobre todo, a que yo lo respetaba y lo admiraba, y no consideraba adecuado andarle preguntando cosas si él no quería contármelas. Pienso que él lo prefería así, porque era sumamente celoso de su privacidad y de su libertad.

Esto sí lo sabía —porque era testigo de ello todos los días—: Ari valoraba al máximo la libertad; decía que ésta había que ganársela y defenderla a diario, pero también había que ser responsable al ejercerla y asumir las consecuencias de ser libre. Eso hizo que admirara su independencia y su capacidad de indignación ante la injusticia, el cinismo y la corrupción. En los últimos meses, Ari estaba emprendiendo con disciplina y dedicación —como emprendía todo lo que se proponía— la búsqueda de la libertad interna, despojándose de la tensión y de las malas vibraciones, para encontrarse consigo mismo y estar en sincronía con algo superior, más limpio y más sano.

Las felices coincidencias de la vida hicieron que trabajáramos juntos durante casi seis años, tiempo en el que se fue labrando esa amistad y en el que compartimos muchas ideas y experiencias (después de todo, pertenecíamos a la misma generación, la de los hijos del 68). Pero, sobre todo, compartíamos la pasión por la vida y la literatura, que a final de cuentas es lo que importa: largas sesiones de charla y discusión, de aprendizajes y reflexiones, de solidaridad y amistad.

Ahora que él ya no está, que no puedo acudir a él para plantearle alguna duda, que no está para cuestionarme y hacerme pensar más allá de lo evidente —como el "viejo sabio joven" que era—, pienso que nunca nos dijimos así, abiertamente, que fuéramos amigos. A lo mejor lo considerábamos innecesario. Ahora sé —por nuestra mutua amiga Sandra Heiras— que él se refería a mí como su amigo y que manifestaba su cariño y admiración por mí ante los demás. Sin embargo, ahora nadie le dirá que ahora yo hago lo mismo, aunque estoy seguro de que, de alguna manera, lo sabe.

Dicen que las personas que pierden algún miembro, una pierna o un brazo, a veces sienten frío o hasta dolor como si el miembro ausente aún siguiera en su lugar. Algo parecido sucede con la muerte intempestiva de un amigo, con quien convives todos los días: además de la sensación de desamparo, de vacío, el corazón sigue mandando impulsos como si la persona aún estuviera junto a uno y fuera a aparecer en cualquier momento como si nada hubiera pasado.

A final de cuentas, terminamos por aceptar que ese ser querido ya no está más aquí, pero lo seguimos sintiendo cerca, como sigo sintiendo cerca a mi amigo Ari Cazés.

Guillermo Vega Zaragoza

Entrevista a Daniel Cazés Menache

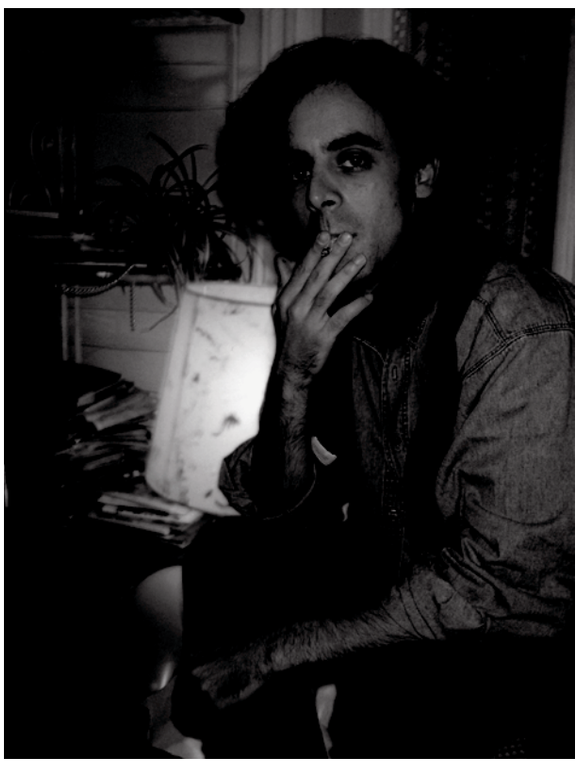
Música y rebeldía

Ari Cazés

En la Revista de la Universidad de México *nos hiciste el favor de escribirnos un artículo que se llama "La Universidad en los procesos de democratización" donde haces un análisis de la evolución de los movimientos universitarios de la izquierda tomando el 68 y el 86 como dos vías de reflexión. Yo te quiero preguntar, porque lo veo muy interesante y recomiendo que se lea, ¿qué hacías tú en ese año?*

En primer lugar quiero decir que me remonto a los primeros movimientos universitarios que tienen un milenio desde la primera huelga universitaria que tuvo lugar en Polonia en 1158. Mi tesis es que todos esos movimientos universitarios han influido en la transformación de la sociedad en la democratización. Bueno, ¿qué hacía yo en el 68? En primer lugar en ese año, poco antes de que se iniciara el movimiento, fui padre de mi segundo hijo aquí presente (Ari Cazés), eso fue una cosa importante... todavía él (Ari) participó en la manifestación del rector, aunque cubierto muy cuidadosamente y en un coche. En el 68, por encargo del rector Barros Sierra, yo coordinaba el Seminario de Estudios de la Escritura Maya, que estaba en la Coordinación de Humanidades de la que era titular el maestro Rubén Bonifaz Nuño, que es otra figura increíble de nuestra Universidad, y que cada vez está siendo más olvidado. Ese seminario funcionaba en conjunto con el que dirigía el doctor Alberto Ruz, el director del Seminario de Estudios Mayas, que fue el descubridor de la tumba de Palenque. Yo, además, en el 68, durante un tiempo, fui representante de los maestros de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la coalición de profesores de enseñanza media superior y superior por libertades democráticas. Ahí discutíamos y apoyábamos al CNH. Los estudiantes estaban en huelga, los profesores y los trabajadores de la Universidad no, pero desde la Coalición los apoyábamos en muchas labores. ¿Cuáles eran nuestras labores?, conseguir dinero, que era una cosa fundamental para las vías y era contribuir con la relación de desplegados, manifiestos, etcétera, que firmaba la Coalición. Yo quiero decir que, precisamente después del primero de septiembre del 68, la Coalición nos nombró al maestro Gonzalo Ruiz, historiador, al doctor Raúl Benítez Centeno y a mí, para redactar el borrador de la respuesta de la Coalición al informe presidencial.

Vivimos con una gente muy particular antes del 18 de septiembre, cuando invadió el ejército la Universidad. Nos reuníamos mucho para hacer todo este tipo de cosas y habíamos formado un grupo de gente que estaba extraordinariamente perdida por la música: éramos unos melomaniacos y escuchábamos todo lo que se nos pre-



En 1995

sentaba. Comenzábamos, a veces, después de la última tardeada de la brigada, como a las ocho o nueve de la noche, y terminábamos a las diez o doce de la mañana del día siguiente, hice una lista de lo que escuchábamos, era muy heterogéneo, con mucha variedad: desde luego escuchábamos a Bob Dylan, que espero obtenga el Premio Nobel dentro de unos días, será un logro más del movimiento del 68; a Leonard Cohen, otro poeta igual de bueno; a Janis Joplin; a Tom Paxton; al Soft Parade de The Doors, que formaba toda una fase y que nos hacía volar a todos; a Iron Butterfly, con su In-A-Gadda-Da-Vida; The Rolling Stones; The Mothers of Invention, que a mí lo que me gustaba sobre todo era su nombre: Las madres de la invención y, desde luego, a Pink Floyd que, ya crecido Ari, mi hijo, cuando tenía como quince o dieciséis años, me regaló el disco, pensando que era una cosa nueva de su época, lo cual me agradó muchísimo, porque él estaba siendo concebido, entre otras cosas, al compás de Pink Floyd. Ya no recuerdo a muchos más de ese tipo pero también nos reuníamos para algo y después escuchábamos música. Comenzábamos, sobre todo con eso, con música, estábamos oyendo esos dos discos de Óscar Chávez, los dos primeros, que tenían que ver con el movimiento, se cantaban en el movimiento y los cantábamos en donde estaba el mural en la estatua de Miguel Alemán, el mural efímero, fue efímero porque lo destruyó el ejército. Ahí llevaba todo mundo lo que quisiera, por ejemplo Georges Moustaki, Serrat, el que sólo cantaba en catalán, Juliette Gréco, Charlie Parker, que fue un descubrimiento: no es un rockero, es un jazzista, pero fue un descubrimiento porque leíamos a Cortázar y un cuento de Cortázar que se llama "El perseguidor" es un cuento sobre Charlie Parker. Conseguimos los discos. Desde luego Violeta Parra y no mencioné a los Beatles, por supuesto que ellos eran irrenunciables. La gente estaba, estábamos, verdaderamente entusiasmados con la música y cada día alguien llevaba lo que quería. Una vez alguien, que no recuerdo quién fue, llevó a Stockhausen, que era especial para la época y además difícil de escuchar aun cuando oíamos a todo volumen a todos los rockeros, jazzistas y demás. De vez en cuando, una o dos veces por semana, nuestras brigadas terminaban con el movimiento coral de la *Novena* de Beethoven, que es Oda a la Alegría, hija de Eliseo y de la Libertad, cuya letra es de Schiller. Cuando lo oíamos a él, siempre concluíamos: todos éstos que hemos oído son sesentaiocheros pero el más sesentaiochero de todos es Beethoven, es el jefe de todos los sesentaiocheros musicales y con él terminábamos nuestras veladas en un éxtasis musical extraordinario y agarrábamos fuerzas para la siguiente jornada, que era muy edificante hasta que entró el ejército. Era, verdaderamente, una fiesta.

Mi nombre es Daniel Cazés Menache, soy investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades del que fui director durante todo el periodo del rector Juan Ramón De la Fuente. U

En 2007